

ITALIA, SUS VECINOS Y EUROPA

La temporada turística en Italia estaba en su apogeo durante el mes de agosto. Como en España, millones de viajeros se apiñaban en las ciudades, formando cola delante de los museos o tostándose al sol en las playas de la Riviera ligurina o del Adriático. Anuncios en varios idiomas informaban a los extranjeros que aquí se alquilaban habitaciones y que allá se podía comprar toda clase de baratijas que iban desde el cristal de Murano y el cuero repujado hasta horribles bustos de Juan XXIII y el difunto presidente Kennedy. Culto de los santos que no ha muerto. Una mente optimista podía sacar del espectáculo de esta Babel la conclusión de que Europa se estaba gastando a la sombra de los austeros palacios de la Edad Media. Pero la lectura de la prensa disipaba pronto tales ilusiones. Los periodistas italianos que, con excepción de los comunistas, son buenos "europeístas", no ocultaban su despecho ante los obstáculos que el Gobierno francés acumula en el camino del Mercado Común y de Europa. Hace veinte años, los intérpretes de la Italia democrática no hallaban bastantes expresiones vengadoras en la lengua de Dante—en la que, sin embargo, es harto frecuente la invectiva—para calificar al "alemán invasor". Al mismo tiempo, invitaban a los milaneses a celebrar el 14 de Julio y la Libertad "bailando bajo las estrellas". Han transcurrido veinte años. Los mismos periódicos exaltan, a propósito del viaje del presidente Saragat a Bonn, la amistad germano-italiana. Los ancianos y los hombres maduros deben de recordar a este respecto las entrevistas resonantes de los dirigentes del Eje Roma-Berlín, el Pacto de Acero, la "Nueva Europa" y su triste final. Ya se sabe que los protagonistas actuales nada tienen que ver—aparte del idioma—con el Fuhrer y el Duce. Su ideología se contrapone a la que preconizaba el Eje. Repudia las armas, las conquistas, las aventuras, para contentarse con la cultura y los negocios. Mas como quiera que el número de combinaciones diplomá-

ticas resulta restringido en Europa, el acercamiento italo-germánico, al que se va a volver al parecer, tiene como corolario cierta tensión con Francia. Tensión puramente verbal sin duda y que no corre riesgo alguno de degenerar en conflicto armado, pero de todos modos tensión. La causa de la querrela, ya se sabe, es la política de ir a su aire que Francia practica desde la liquidación de Argelia, que, según los cálculos del general De Gaulle, ha devuelto a Francia su libertad diplomática y tal vez la oportunidad de desempeñar un papel internacional en medio de las divisiones del mundo.

Desde la elección a la Presidencia de la República de Giuseppe Saragat, es el profesor de Derecho Amintore Fanfani quien asume en Italia la dirección del Ministerio de Asuntos Exteriores. Este hombrecito vivo, de inteligencia rápida, capaz de tomar iniciativas brillantes y a veces ruidosas—un poco como en tiempos lo hiciera Mendes-France—, no está dispuesto a permanecer inadvertido. Un exceso de sutileza le hizo perder la Presidencia de la República—y, de rechazo, se la hizo perder al candidato de su partido, la Democracia cristiana, el señor Leone—. Pero Moro y sus amigos no le han guardado rencor, puesto que le han dado uno de los cargos más altos del Estado italiano, tal vez con la secreta esperanza de neutralizarlo en el plano interno al lanzarlo hacia la política extranjera.

Amintore Fanfani no ha perdido el tiempo para actuar. Se le ha visto correr a los Estados Unidos, para estrechar los lazos italo-norteamericanos; a París, a Bonn, a Courmayeur, para activar o salvar el Mercado Común; a Ginebra, para predicar el desarme atómico. Contrariamente a lo que cabía esperar—o temer—del realizador de la “apertura a izquierda”, no ha tratado de flirtear con Moscú, al menos hasta ahora. Con él, lo mismo que antes de él, Italia permanece fiel a la Alianza Atlántica—es decir, a los Estados Unidos—y resuelta a construir el Mercado Común. Hasta aquí, el jefe de la izquierda moderada de la Democracia cristiana no ha podido actuar en otra forma que aquella en que hubiera actuado el honorable Giuseppe Pella, dirigente de la derecha del partido.

Las razones del europeísmo italiano.

Es que los hechos mandan. Y que Italia necesita ensanchar el estrecho marco en que viven sus 57 millones de habitantes. Cuando la solución del

problema demográfico residía en la conquista de territorios lejanos que proporcionaban materias primas y salidas, Italia, como las demás naciones europeas, probó suerte. Pero la experiencia de Crispi fracasó en Adua y la de Mussolini—más radical y más audaz—terminó con la catástrofe de 1943. El derrumbamiento de los imperios coloniales europeos, en que el fracaso de los vencedores de la segunda guerra mundial fué acaso aún más humillante que el de los vencidos, ha cerrado el capítulo de la expansión europea. Italia no tenía más recurso que buscar otra fórmula para lograr que su población viviera. Había la emigración a Ultramar, que en tiempos ayudó a vivir a mucha pobre gente de Italia. Si bien la ex Africa italiana y Túnez estaban cerradas para sus emigrantes, todavía podían dirigirse los italianos hacia América del Sur. Pero allí también el mundo había evolucionado. Los países pobres de antaño se habían equipado. Aún se avenían a acoger técnicos, a emigrantes provistos de capitales o a campesinos duchos en las cuestiones agrícolas; pero no sabían qué hacer con refugiados políticos, con mozos de restaurante, con sastres o abogados. Además, los que lograban el apetecido visado, debían ir hacia las tierras frías de Patagonia o aldeas perdidas en la pampa donde la vida es dura, desprovista de todo atractivo. El control de las divisas, que dificultaba el que los emigrados enviaran sus ganancias a sus familias, acabó de desanimarlos. Este fracaso mostró que el viejo remedio contra el exceso demográfico italiano ya no servía.

Quedaba la política del desarrollo económico interior. El Gobierno de Roma la llevó muy bien. Se esforzó en sacar de su pobreza las provincias subdesarrolladas del Sur y de la Italia insular. Paralelamente, los grandes industriales del Norte reforzaban su potencia y modernizaban sus instalaciones a fin de ponerse en condiciones de competir con el extranjero en los mercados internacionales. Para todo ello eran precisos capitales. El temor que sentían los norteamericanos de ver a los comunistas adueñarse de Italia y, desde allí, dominar el Mediterráneo, les sirvió. El Plan Marshall y acuerdos privados proporcionaron a los hombres de Estado y a los magnates de la industria italiana los millones de dólares que necesitaban. Gracias a su espíritu de empresa y a la capacidad de sus técnicos y de sus obreros, después de años difíciles, conocieron esa prosperidad que la exageración verbal característica de nuestra época ha llamado "el milagro italiano". De hecho, entre 1951 y 1963, la productividad italiana se ha incrementado en término medio en un 5,50 por 100 por año (6,1 por 100 para la sola industria).

“El “milagro”, sin embargo, habría sido insuficiente para dar trabajo a toda la población laboral del país si el desarrollo de la industria de la Europa occidental no hubiera creado al norte de Italia un enorme mercado del trabajo en que la demanda de nuevos obreros se hacía de año en año más imperiosa. De pronto, el sobrante del mundo laboral mediterráneo encontraba un lugar donde acomodarse. Los obreros italianos volvieron a coger el camino de Alemania, donde muchos habían estado bajo Hitler. Otros se dirigieron hacia Francia o hacia las naciones del Benelux. Sólo en los países del Mercado Común trabajan oficialmente 678.000 italianos. Millares más se encuentran en Suiza, en Inglaterra y hasta en Australia. De golpe, el espectro del paro desapareció. Los pobres hogares de Calabria, de los Abruzzos y de las islas recibieron de los emigrados cantidades que pocos años antes les hubieran parecido fabulosas. De suerte que el bienestar y la estabilidad social—estos dos pilares de la democracia burguesa italiana—quedaron asegurados gracias a la asociación de Italia con sus vecinos de más allá de los Alpes. Al mismo tiempo, la industria italiana exportaba o creaba filiales en algunos de aquellos países. Los fabricantes de automóviles, de sedas, de ropa de confección e incluso de helados, cuya producción hubiera resultado demasiado abundante para el solo mercado interior, consideran que el interés italiano coincide con la consolidación e incluso con la ampliación de la Europa del Mercado Común. Lo piensan tanto más cuanto que desde hace más de un año la prosperidad italiana ha sufrido eclipses. Acertadamente preocupado por la inflación y por la subida de los precios, el Gobierno de Roma ha disminuído los créditos. La medida, es cierto, ha surtido el efecto deseado. Pero ha frenado y, según fueran las ramas de producción, ha detenido la expansión. En ciertos sectores, cuales el de la fabricación de calzado, de la confección y de la carnicería, se han registrado retrocesos bastante claros. Hecho más grave: a pesar de la emigración, el número de parados socorridos ha pasado de 483.000 en 1964 a 673.000 este año (250.000 en la industria, 244.000 en los servicios y 18.000 en la agricultura). Los expertos dicen que esta “coyuntura”—no atreviéndose a escribir crisis, se recurre a perífrasis púdicas tales como “recesión” y “coyuntura”—no debe preocupar a la opinión, que unas cuantas inyecciones de créditos administrados en el momento oportuno dejarán al enfermo como nuevo y que ya se vislumbran síntomas favorables. Sin embargo, el toque de atención de la “coyuntura” ha sido oído por los hombres de Estado italia-

nos. Estos están persuadidos de que en la Europa económica de 1965, lo mismo que en la Europa política de 1848, la hermosa fórmula "*L'Italia farà da sé*", está abocada al fracaso. La autarquía mussoliniana está olvidada o condenada. Italia debe dedicarse a activar la edificación de Europa con sus asociados del Mercado Común.

Es posible que existan consideraciones políticas que los impulsen también por este camino. La Democracia Cristiana, desde los tiempos de Alcide de Gasperi, trabaja para edificar una Europa en que los partidos católicos tuvieran la preponderancia. Unos años después de la guerra, cuando aquella ideología dominaba en Italia, en Alemania y en Bélgica y ocupaba con el M. R. P. fuertes posiciones en Francia, semejante designio pareció próximo a realizarse. El Vaticano, deseoso de evitar nuevas crisis nacionalistas, apoyaba discretamente tal movimiento. Sin embargo, éste se ha detenido antes de haber alcanzado su objetivo, por haber cesado de votar parte de sus electores en favor del partido "neo güelfo", al que seguían a falta de otro mejor, tan pronto como reaparecieron las viejas formaciones políticas conservadoras y católicas que la guerra había dejado a media luz. En la misma Italia, la Democracia Cristiana, al perder su mayoría absoluta, hubo de buscar apoyos exteriores, y después de apoyarse en la derecha liberal, concluyó alianzas ambiguas con el socialismo aburguesado de Saragat y más tarde con la rama más próxima al Frente Popular de Pedro Nenni, para constituir lo que se llamaba en la Alemania de Weimar un "gobierno negro-rojo". Uno de los lazos de unión entre estos partidos heterogéneos lo constituye un ideal "supranacional", humanitario para unos, revolucionario para otros, si bien todos se ponen de acuerdo para condenar el nacionalismo de estilo fascista—que algunos exaltaban en su juventud—y considerar la creación de Europa como algo deseable. Para explicar su vocación europea, los socialistas y los republicanos evocan la sombra de Mazzini, fundador de la *Joven Italia* y de la *Joven Europa* y el ideal socialista. Los liberales citan a su viejo maestro Benedetto Croce. Los neofascistas mismos hablan de la Europa que Hitler y Mussolini hubieran edificado de haber sido vencedores.

Con excepción de los comunistas, quienes denuncian la Europa unida como una invención del imperialismo norteamericano para colonizar a Europa, la mayor parte de los partidos y de los grupos económicos están, por tanto, de acuerdo, al menos sobre el principio. Pero hay consideraciones de

orden práctico que vienen a reforzar la ideología. Nadie en Italia está muy seguro del porvenir de la democracia "burguesa". De momento, es evidente que la Democracia Cristiana conserva cierto avance respecto a los comunistas. Pero este avance se reduce con el tiempo. El éxito electoral de la Democracia Cristiana en Cerdeña, en la pasada primavera, ha reanimado un poco la confianza del gran partido católico. No obstante, la votación de una provincia insular, que dista de estar industrializada, no permite que se saquen conclusiones aplicables a toda Italia. En suma, desde la muerte de De Gasperi, cada elección general ha visto el comunismo ganar algunos cientos de miles de votos, en tanto que la Democracia Cristiana los perdía o mantenía trabajosamente sus posiciones. De proseguirse este movimiento —lo cual no es ineluctable, es evidente, pero parece ser altamente posible—, día llegará en que el partido "rojo" alcanzará al "negro" o tendrá una fuerza de atracción lo bastante poderosa como para reconquistar a los socialistas (el caso se ha presentado en varios Consejos Municipales de algún tiempo para acá, siendo el último la elección en Aosta del comunista Giulio Dolchi, gracias a los votos de los socialistas que se habían presentado a los electores con el rótulo de "centro izquierda"). En tales condiciones, muchos italianos se preguntan si el único medio de escapar del comunismo no sería la fusión de Italia en el marco de la Europa occidental, donde el microbio moscovita no tiene sino muy escasa virulencia. A la etapa del acuerdo económico, en parte logrado por los asociados del Mercado Común, debería suceder la de los acuerdos políticos. Pero es aquí donde han empezado las dificultades.

Después del fracaso de Bruselas.

Según el Tratado de Roma, para adoptar decisiones es preciso que los seis miembros del Mercado Común estén de acuerdo. Hasta entonces tal se consiguió. Pero se trataba sólo de cuestiones económicas en que cada cual sacaba un provecho. Si unos Estados soberanos no sacrifican gustosamente sus intereses en el altar de la "entente", les resultará aun más difícil renunciar a algunas de sus prerrogativas. Ahora bien: esto es lo que el profesor Hallstein, apoyado por Fanfani y por el holandés Luns, pidió que hicieran los seis Estados asociados—en el momento mismo en que Francia discutía ásperamente con sus asociados la cuestión del financiamiento de los precios

agrícolas. Francia, el país agrícola del Mercado Común, sólo puede salir beneficiada al lograrse la Europa verde, dicen en Roma. Alemania pierde. Italia, que tiende, también ella, a importar cada vez más sus productos agrícolas, nada tiene que ganar. Los dos grandes asociados de Francia le pedían, a cambio de su sacrificio, que aceptara ampliar un poco la autoridad "supranacional" del Parlamento de Estrasburgo, que por el momento está por debajo de cero.

El Gobierno de París, que es hostil a una organización europea supranacional, se ha abalanzado a esta oportunidad para retirarse de la sala de deliberaciones dando un portazo. Y la organización política de Europa ha resultado detenida.

Los diarios que reflejan la opinión de los círculos dirigentes italianos han puesto de manifiesto la decepción que les causaban los hombres de Estado gaullista. Los ministros franceses que firmaron el Tratado de Roma "estaban perfectamente de acuerdo—decía *Il Tempo*—en cuanto al hecho de que la verdadera finalidad de la Comunidad Económica Europea era y debía seguir siendo la Comunidad política integrada. Pero es precisamente esta finalidad última que De Gaulle ha rechazado, privando así a la C. E. E. de su verdadero sentido o al menos de parte de éste". Ello es exacto salvo un olvido: es que los ministros de la IV República francesa eran "europeos" y que el general De Gaulle no lo es. Algunos observadores más optimistas señalan, sin embargo, que el presidente de la República francesa ha dejado una puerta entornada. Una reanudación de las negociaciones es posible, dicen. Bastará con esperar el momento oportuno para iniciarlas. Europa tiene una avería, pero volverá a ponerse en marcha un día.

El señor Fanfani, cogido entre la rigidez de De Gaulle y la de Schroeder, de quien está mucho más cerca, ¿podría ser el intermediario entre esos dos hombres políticos cuyas divergencias de criterio han provocado que se detenga la construcción europea? En teoría, ello parece posible. Al leer sus declaraciones, no se tiene demasiado esa impresión. Poco después del fracaso de Bruselas, el ministro italiano ha expuesto en términos claros la situación actual a la Comisión de Asuntos Extranjeros del Senado. Según él, las querellas de intereses pueden resolverse, aunque no sea fácil. Pero se necesitará tiempo, acaso años, para liquidar la cuestión política. Existe "un rayo de luz en cuanto a la cuestión agrícola", dijo a los senadores. En cambio, en el plano político, las "divergencias" son "particularmente agudas". Entre

esos demócratas imbuidos de ideal parlamentario que son los hombres en el poder en Roma, en Bonn y en las capitales del Benelux, y el general De Gaulle, que sólo tiene desprecio por las Asambleas, no se ve qué compromiso sobre el Parlamento puede encontrarse.

Los italianos acusan en su corazón al gaullismo de ser una forma de nacionalismo generado por derrotas sucesivas que, desde Waterloo hasta el abandono de Argelia, jalonan la historia de Francia desde el siglo XIX. "El espíritu de fuerza y de grandeza del gaullismo—escribía, por ejemplo, Angelo Magliano en *Il Giornale d'Italia*—encubre un sentimiento exasperado de derrota." Italia y Alemania pasaron por esa etapa después de la primera guerra mundial. Lo han pagado caro. Se han vuelto hacia una Europa unida y nueva. Francia, "que lame con mórbido deleite sus heridas, parece fuerte, pero es débil". Por tanto, hay que "tratarla con mucha prudencia y con cierta comprensión", pensando que "a veces los enfermos y los débiles pueden perderse y perder a los demás con ellos". De consiguiente, en adelante sólo hay que avanzar lentamente, capear el temporal en espera de nuevas condiciones—es decir, pero esto no se escribe—, que el general De Gaulle, que es viejo, ceda el puesto a hombres de Estado con ideas europeas, lo cual no dejará de suceder un día.

La amistad germánica.

Mientras tanto, la diplomacia italiana se esfuerza en mantener una "entente" estrecha con la República Federal y con los Gobiernos del Benelux. El señor Fanfani, después de tantear los círculos políticos franceses, dejó al señor Spaak el cuidado de llegar a un acuerdo con el general De Gaulle. Se tiene la impresión de que ni su intervención en Ginebra para el desarme atómico, ni la preparación del viaje a América del Sur del señor Saragat, que se presenta así como un rival del presidente francés, son motivos de complacencia para el Gobierno francés. Todo sucede como si Italia quisiera demostrar que puede pasar sin Francia y que de obstinarse ésta en hacer ascos a Europa, tiene sólidos apoyos. Es lo que ha prestado inesperado relieve al viaje del presidente Saragat a Bonn. Por ello, una visita protocolaria, prevista desde hacía cierto tiempo, tomó el cariz de un acontecimiento político. Efectivamente, entre los dos Gobiernos surgidos del derrumbamiento del Eje existen afinidades evidentes: idéntico horror a los gobiernos per-

sonales, idéntica fe en las virtudes de la Democracia y del Humanismo cristiano, idéntico recelo del comunismo internacional, idéntica fidelidad a la alianza norteamericana, idéntica fe, en fin, en los destinos de la Europa unida. Quizá exista también el desengaño común de haber querido lograr una "entente" estrecha con Francia y no haber conseguido sino firmar tratados carentes de alcance práctico, extremo este que podría acercar a Roma, que hizo la decepcionante experiencia de la amistad italo-francesa después de la guerra, de Bonn, que la hizo más recientemente y sin mayor éxito. Todo ello constituye una seria base de entendimiento. Sin embargo—sin mencionar las diferencias de caracteres que están muy acusadas entre los dos pueblos—, quedan a ambos lados del Brenner motivos de reticencias. Ante todo, viejos recuerdos desagradables relativos a las alianzas germano-italianas que acabaron mal en 1915 y en 1943. En segundo término, el litigio austro-italiano del Tirolo, en el que los alemanes pueden difícilmente desaprobar a Austria y a los "hermanos separados" del alto valle del Adigio.

El acercamiento italo-germano puede hacerse por razón, por razones políticas precisas. Es de temer que carezca de cierta base sentimental, sin la cual las corrientes populares son difíciles de crear.

Bien es verdad que alemanes e italianos ya no hablan de aliarse, sino de construir a Europa. También en esto tienen puntos comunes. Ambos pueblos sólo lograron su unidad recientemente. Estiman que, así como los napolitanos, los piemonteses, los romanos y los toscanos, por una parte; los sajones y los prusianos, por otra, renunciaron a sus viejos Estados para fundirse en una comunidad mayor, la Italia de Victor Manuel II y la Alemania de Guillermo I pueden ahora ingresar en Europa. La resistencia que un Estado milenario como Francia opondrá a la construcción supranacional que ellos preconizan les parece una manifestación de arcaísmo un poco ridícula y el general De Gaulle les lleva a evocar a esos Habsburgo que sus antepasados poco amaban. Lo enojoso es que bastaba con echar a los Habsburgo con las armas de Milán, de Venecia y de la Confederación germánica para realizar la unidad italiana y la unidad alemana. En cambio, se precisa la colaboración voluntaria de Francia—y ésta, de momento, es gaullista—para edificar la pequeña Europa del Mercado Común. De ahí el tiempo de parada actual.

No sería grande el daño si fuera suficiente con esperar la desaparición de la escena política de un dirigente septuagenario. Pero si bien Alemania

—lo mismo si sus electores dejan en el poder a Erhard como si se lo entregan a Willy Brandt—tiene la seguridad, salvo algunos matices, de conservar la misma línea de conducta respecto a Europa y a los Estados Unidos, no puede decirse otro tanto de Italia, donde el deslizamiento hacia la izquierda, de acentuarse, podría cambiar muchas cosas. Tal vez sea esta inquietud la que se deja translucir bajo la ironía de los círculos políticos romanos o milaneses: ¿se va a fracasar en la edificación de Europa por no haber aprovechado a tiempo la ocasión que se brindaba?

CLAUDE MARTIN.